



ESPIRITUALIDAD BETHARRAMITA

Betharramitas: Hombres nuevos constructores de una cultura nueva

Año V 2001 ~ Nº 4

El Verbo hecho carne

La manera que Dios tiene de acercarse al hombre encuentra su apogeo en la encarnación. La carne que toma el Verbo se convierte en el sacramento por excelencia, que hace inútiles todos los demás. Esa carne es la manifestación definitiva. Ahora la presencia es total: es Dios mismo quien se da en su Hijo, su Verbo, en el seno de María, de manera que el hombre, atrapado en el anzuelo de esa carne, según la comparación de algunos Padres, y descubriendo en ella por la fe la Morada de Dios, es invitado a subir más arriba. La carne es presencia de Dios, pero de manera que el que la recibe en la fe es inducido a continuar el movimiento comenzado: *Os conviene que me vaya*, dice Jesús a los suyos hablando de su presencia carnal. Vino en la carne a abrir el camino del Espíritu y del Amor. *No estás sino al principio de las maravillas*, había dicho a Natanael desde el inicio de su manifestación a Israel. El fin es el cielo abierto. En la carne de Cristo, que sufrió la muerte para vencerla en el amor y que se tornó gloriosa y transfigurada por el Espíritu, el que cree descubre, a través de los signos que lo ponen en posesión de ese Cuerpo, las dimensiones del amor infinito y el poder que tiene de reunir el universo entero. [...]

Es a este hombre de carne al que se le ofrece la carne de Cristo. *El cuerpo de Cristo*, dice el sacerdote al dar la Eucaristía. *Amén*, responde el fiel que comulga. Este amén es una profesión de fe, un grito de admiración del hombre que sabe lo que es y se sabe llamado a convertirse en otro: ¿cómo es posible que vengas a mí? Exclamación de todos aquellos que, de Abraham a María, de David a Zaqueo, del publicano al centurión, constatan el don de Dios. Con ella reconocemos que toda la humanidad que parece ir a la deriva, sin saber a dónde va, está llamada a ser la esposa de Aquel que toma carne para unirse a ella y comunicarle la vida del Dios inmortal.

El cristiano está lejos de medir de inmediato el alcance de dicha profesión de fe: lo imposible hecho realidad; la desmesura o la locura de Dios, un verdadero escándalo para el espíritu. Los griegos, antes de la venida de Cristo, lo habían intuido: no hay medida común entre Dios y el hombre. La carne,

Dios quiere ser llamado el Dios de nuestro corazón, y no el Dios de nuestra alma (Salmo 72/26), como para hacernos comprender que, a sus ojos, las más bellas cualidades del alma no son nada sin la humildad y la docilidad del corazón. ¡Cuántos son los que se equivocan, porque el Dios de su inteligencia no es el Dios de su corazón! (DS 154)

¡Qué felicidad amarse así! ¡ejercer la inmensidad de la caridad, cada uno en los límites de su posición! ¡de relacionarse así con toda clase de personas, sin distinción, y obrar al unísono, no teniendo sino una sola lengua..., en una palabra, responder perfectamente al voto más ardiente del Corazón de Nuestro Señor. *Que sean uno, Padre, como nosotros somos uno.* (DS 51).

No cesaré de presentarlos por las manos de María al Corazón de su divino Hijo. En efecto, es de este Corazón adorable que manan sobre ustedes todas las gracias. El Corazón de Jesús es el manantial de las gracias que ustedes tanto necesitan (MS 208).

Dirá usted a todos los nuestros cuánto yo los amo y cuánto me alegra presentarlos todos los días varias veces a Nuestro Señor como los hijos de su Corazón, diciéndole: *Señor, nadie es Padre como Tú: aquí tienes a tus hijos, los hijos de tu Corazón* (DS 58).

Eche una mirada de confianza y de amor al Corazón de Jesús, [...] modere los deseos de perfección y que, en su corazón tiernamente unido al Corazón de nuestro buen Maestro, todo sea calmo y apacible. Entonces usted me dirá qué lindo. (Correspondencia I, 79-80)

El ardiente anhelo de Nuestro Señor es que estemos animados por los sentimientos de su Corazón: *He venido a traer fuego sobre la tierra, y que quiero sino que este fuego prenda en tu corazón y lo encienda* (Lc 12/49) (DS 51).

Oración de San Miguel

Dios mío,
no mires mis pecados, sino la Congregación que concibió y formó tu Sagrado Corazón. Dígnate concederle tu Paz.

Esa única Paz que, según tu voluntad, pueda pacificarla y unir estrechamente a todos los que la componen entre sí, con sus superiores y con tu Divino Corazón, para que sean Uno, como Tú eres Uno con el Padre y el Espíritu Santo. Amén, Fiat, Hágase.



por muy bella que sea —y bien sabe Dios lo sensibles que fueron los griegos a esta belleza del hombre—, no puede aspirar a hacerse inmortal. *La divinidad no hace alianza* —mezcla— *con el hombre*, afirma Platón en el Banquete. Los dioses y los hombres son dos razas ajenas la una a la otra. El hombre que pretende igualarse a Dios cae en la desmesura y no puede dejar de pagar con un duro castigo el heroico esfuerzo que hace por elevarse por encima de la condición humana.

Sin embargo, esto es lo que el cristiano afirma cada vez que comulga: Cristo, en su carne, ha vencido a la muerte y vive por los siglos de los siglos. El que ha sido bautizado y cree en él, unido a la carne de su Señor, pasa con él, más allá del sepulcro, de la muerte a la vida. En esta profesión de fe se une a la muchedumbre de los creyentes que repiten a porfía la gozosa afirmación de Juan en el prólogo de su evangelio: *El Verbo se hizo carne. Habitó entre nosotros. Hemos visto su gloria*. Presencia real en Jesús, Dios y hombre a la vez en la unidad de la persona del Verbo, de la vida que viene no del hombre mortal, sino del Dios eterno.

Es ésta, desde luego, una afirmación cuya profundidad no agotará nunca el cristiano a lo largo de sus meditaciones, como tampoco puede agotar la profundidad de Dios. El Verbo franqueó el límite infranqueable. *Como el sol, como un esposo, se lanzó alegre a la conquista para llegar de un extremo a otro del horizonte (Sal 18)*. Para cumplir la voluntad del Padre, que creó al hombre a su imagen y semejanza, recorrió la distancia que hay del hombre a Dios y tomó carne de nuestra carne. No adoptó una simple apariencia humana, como pretendían algunos herejes, imbuidos del dualismo del pensamiento griego. Fue un hombre, como tú y como yo, al que sus contemporáneos designaron como el hijo de José, que vivía en Nazaret, en Galilea.

Sin embargo, este hombre es el Verbo en persona. En él adoro al Dios que sobrepasa todos los cielos, al Creador del cielo y de la tierra. Nacido entre los hombres, con un nombre humano que le hace ocupar un lugar en la sucesión de las generaciones, difiere de ellos por su nacimiento. En su carne, semejante a la nuestra, no lleva la marca del hombre nacido de la semilla del hombre mortal. Él nació, dice nuestra fe, en el seno de la Virgen, por obra del Espíritu Santo. Nacimiento virginal que es el signo, a la vez, de su pertenencia divina y de su realidad carnal.

En este punto, nuestra meditación debe detenerse largo tiempo para entrever el misterio, fundamento de nuestra fe y de nuestra esperanza. Cuando un hombre nace, aparece bajo el signo de la necesidad. Él no tiene nada que ver con su nacimiento. Él no ha elegido ese nacimiento, que, sin embargo, le marca de por vida. Por eso son muchos los que, como Job, sienten la tentación del maldecir el día que nacieron, pues se han visto embarcados en una aventura de la que no son dueños, a pesar de los coletazos de una libertad de la que sólo adquieren conciencia demasiado tarde, cuando la

suerte parece estar ya echada. Nada de esto ocurre en la venida del Verbo a este mundo, en la que todo es obra de libertad. El Padre, en su designio eterno, lo envía al mundo, mientras que el Hijo, en la plena adhesión de su libertad, responde a la llamada del Padre. María, al recibir la revelación del misterio, cree en la palabra del ángel. Esta fe es un acto de libertad. Por su parte, José, advertido del prodigio, cree también en la palabra que le induce a recibir a María como esposa, una vez que ha concebido por obra del Espíritu Santo. El Espíritu, creador del universo, es aquí el artífice. A su acción, en la que se unen el Padre y el Hijo, responde la libertad de hombre, que, con plena lucidez y ajeno a todo deseo de la carne, dice **SI** a la palabra de su Creador. El Verbo, para hacerse carne, espera el consentimiento de la criatura. Él, por su parte, no sometido a necesidad alguna, ejecuta en la libertad del amor el designio inefable de Dios, aplicándole el versículo del Salmo 39: *No has querido holocaustos. Yo he dicho: heme aquí que vengo*. La Iglesia, al celebrar la Natividad de Jesús, no se cansa de recordar este carácter voluntario de la venida del Hijo: *Mientras que todo estaba envuelto en el silencio de la noche, tu palabra resonó para realizar tu designio*, canta durante los días de Navidad.

El comienzo de la fe cristiana se sitúa ahí, en esa afirmación del nacimiento virginal del Verbo de Dios entre los hombres. *Nada es imposible para Dios*, dice el ángel que anuncia la maravilla a María. Tras ella, la Iglesia y cada cristiano, tomando conciencia de lo que se realizó en la anunciación, cantan su asombro y su fe: *El Verbo se hizo carne. Habitó entre nosotros. Nosotros lo hemos oído. Lo hemos contemplado. Lo hemos tocado*, continúa Juan al comienzo de su carta. A través de esta humanidad visible hemos recibido al Dios invisible.

JEAN LAPLACE

San Miguel Garicoits nos enseña

¿En qué consiste la contemplación? En conocer a Dios y amarlo; se ejercita la inteligencia para encender el corazón en el horno del amor divino (DS 260). La única sólida y auténtica espiritualidad es aquella que une el corazón del hombre al Corazón de Jesucristo (MS 288). Denme un corazón que verdaderamente ama. Ese corazón cree, gusta las cosas de Dios, corre, vuela en pos de Nuestro Señor Jesucristo (DS 111). Hay corazones para quienes es imposible no apasionarse. Es preciso volverlos hacia el divino Corazón; allí encontrarán de qué satisfacerse (DS 69).

Yo soy una nada, sí, pero un hombre. Y mi Dios, que es todo, es hombre. Dios está en mí por Jesucristo: *nobis natus, nobis datus* {nacido para nosotros, entregado a nosotros}. Dios quiere obrar al modo de hombre, para que el hombre aprenda a obrar al modo de Dios (MS 152).